

CAPÍTULO VII

LA IMAGINACIÓN UTÓPICA (1)

El espíritu humano, cuando crea, no puede emplear más que dos categorías de materiales para encarnar su idea:

1.º Los fenómenos naturales y las fuerzas del mundo inorgánico y del viviente. Bajo la forma científica, que trata de explicar y conocer, viene á parar en la hipótesis, creación desinteresada; y bajo la forma industrial, que se dirige á aplicar y á utilizar, termina en inventos prácticos é interesados.

2.º Los elementos humanos, es decir, psíquicos (instintos, pasiones, sentimientos, ideas y actos); aquí la creación estética es la forma desinteresada, y la invención social la forma utilitaria.

Por consiguiente, puede decirse que la invención en las ciencias es semejante á la de las bellas artes, siendo una y otra especulativas; y que la invención mecánica é industrial se relaciona con la invención social por su común tendencia hácia la práctica. No insistiré acerca de esta división que, en definitiva, no descansa más que en caracteres parciales; únicamente he querido recordar que la invención, cuyo papel es muy grande en la evolución social, política y mo-

(1) Este título, como se verá, no responde más que parcialmente á lo contenido en el presente capítulo.

ral, *debe*, para obtener buen resultado, adoptar ciertos procedimientos y rehusar otros, que es lo que no hacen los utopistas.

El desenvolvimiento de las sociedades humanas depende de múltiples factores: la raza, las condiciones geográficas y económicas, la guerra, etc., las cuales no hemos de estudiar ni de enumerar siquiera; nuestro objeto es otro: la aparición sucesiva de concepciones ideales que tienden á realizarse como cualquiera otra creación del espíritu: el ideal moral consiste en combinaciones nuevas, nacidas del predominio de un sentimiento ó de una elaboración inconsciente (inspiración), ó de la analogía.

En el origen de las civilizaciones se encuentran personajes semi-históricos y semi-legendarios (Manu, Zoroastro, Moisés, Confucio, etc.), que han sido inventores ó reformadores en el orden social y moral. Que una parte de la invención que se les atribuye es debida á sus predecesores y á sus sucesores, es evidente, pero la invención, sea quien quiera el autor, no es por eso menos cierta. Hemos dicho en otra parte, y se nos permitirá repetirlo ahora, que esta expresión *inventores* aplicada á la moral, podrá parecer extraña á algunos, porque están imbuídos por la hipótesis de un conocimiento del bien y del mal innato, universal, compartido por todos los hombres y en todos los tiempos; si se admite, por el contrario, como lo impone la observación, no una moral hecha de antemano sino una moral que se va haciendo poco á poco, preciso es que sea la creación de un individuo ó de un grupo; todo el mundo admite inventores en geometría, en música, en las artes plásticas ó mecánicas, aunque en ellas han existido también hombres que por sus disposiciones morales han

sido muy superiores á sus contemporáneos entre los que fueron promovedores é iniciadores. Por causas que ignoramos, análogas á las que produce un gran poeta ó un gran pintor, surgen genios morales que *sienten* lo que no sienten los demás, como le ocurre á un gran poeta con relación á la multitud; pero no basta que sientan, es necesario que crean, que realicen su ideal en una creencia y en reglas de conducta que sean aceptadas por los otros hombres; todos los fundadores de grandes religiones han sido inventores de esta especie. Que la invención venga de ellos sólo, ó de una colectividad de la que son encarnación y resumen, poco importa; en ellos ha encontrado la invención moral su forma completa, que, como toda creación verdadera, es orgánica. Cuenta la leyenda que Budha, poseído por el deseo de hallar el camino perfecto de la salud para él y el resto de los hombres, se entregó primero á un ascetismo extravagante, pero que viendo su inutilidad renunció á él, hasta que al cabo de siete años de meditación la luz se hizo, y poseyó la ciencia y los medios de librarse del *Karma* (encadenamiento de causas y efectos), como asimismo de la necesidad de los renacimientos; al punto renuncia á la vida contemplativa, y, durante cincuenta años de peregrinaciones incansables, predica, convierte y organiza sus fieles. Verdadera ó falsa, históricamente, esta relación es una psicología exacta; idea fija y obsesión, ensayos seguidos de fracasos, momento decisivo del *eureka*, después la revelación interna, que se manifiesta al exterior por la obra del Maestro y de los discípulos, se desenvuelve, acaba y al fin se impone á millones de seres humanos. ¿En qué se diferencia este modo de creación de los restantes, por lo menos en el orden práctico?

También desde el punto de vista de nuestro estudio actual, pueden dividirse las invenciones morales en vivas y muertas; las vivas son hijas de la necesidad y de los deseos que suscitan una construcción imaginativa que al cabo se fija en hechos, costumbres y leyes; ellas proponen á los hombres un ideal concreto, positivo, que bajo apariencias diversas, y en ocasiones contrarias, es siempre la felicidad. Las morales muertas, de donde se ha sustraído la invención, nacen de la reflexión y de la codificación racional de las morales vivas; consignadas en las obras de los filósofos, únicamente son teóricas, especulativas, sin eficacia apreciable sobre las masas, simple materia de disertaciones y comentarios.

A medida que uno se aleja de los orígenes remotos, la luz se hace, y la invención en el orden social y moral se manifiesta como la obra de dos principales categorías del espíritu: los quiméricos y los positivos.

Los segundos, creadores ó reformadores prácticos y capaces de organizar, son de la familia de los inventores en el orden industrial, comercial y mecánico.

I

La forma quimérica de la imaginación, aplicada á las ciencias sociales, es la que no teniendo en cuenta ni el determinismo exterior, ni las exigencias prácticas se produce con absoluta libertad; tales son los creadores de repúblicas ideales, en pos de una edad de oro perdida ó por hallar, construyendo, según el grado de su fantasía, sociedades humanas así en gran-

des conjuntos como en pequeños detalles; novelistas sociales que son á los sociólogos lo que los poetas son á los críticos. Sus sueños, sometidos únicamente á las condiciones de una lógica interior, no han vivido más que una existencia ideal en sus autores, sin que hayan jamás pasado por la prueba de su aplicación; es la imaginación creadora en su forma incompleta, restringida á su primera fase.

Nada más conocido que sus nombres y sus palabras: la *República* de Platón, la *Utopía* de Tomás Moro, la *Ciudad del Sol* de Campanella, la *Oceana* de Harrington, la *Salenta* de Fenelón, etc., etc. Por idealistas que sean, se podría demostrar fácilmente que todos los materiales de su ideal están tomados de la realidad ambiente, llevando el sello del medio griego, inglés, cristiano, etc., en que sus autores han vivido; y no hay que olvidar que, entre los utopistas, no todo es quimérico; unos han sido reveladores, y otros han obrado como estimulantes ó fermentos; fiel á su misión, que es innovar, la imaginación constructiva es un aguijón que estimula y aviva, rompe la rutina social é impide su estancamiento.

Entre los creadores de sociedades ideales, hay uno, casi contemporáneo, que merece un estudio de psicología individual: es C. Fourier. Si no se trata-se más que de la fecundidad en la construcción pura, dudo de que se pueda encontrar otro superior á él: es igual á los más grandes, con su carácter particular de ser á la vez exuberante hasta el delirio y exacto en los detalles hasta la más extrema nimiedad; es un tipo de imaginativo tan excelente que vale la pena de que nos detengamos ante él un momento.

Su cosmogonía parece la obra de un demiurgo omnipotente que rehace el universo á su antojo; su

concepción del mundo futuro, con sus „creaciones falsificadas”, donde la fealdad y los males presentes del reino animal se cambiarán en sus contrarios, y en el que habrá „antileones, anticocodrilos, antiballe-nas”, etc., es un ejemplo, entre otros mil, de su inagotable riqueza de visiones fantásticas, obra de una imaginación fogosa que se desborda sin preocupación alguna racional.

Por el contrario, en su psicogonía, sobre el tema fundamental de la metensicosis tomada del Oriente, se abandona á variaciones numéricas; admitiendo para cada alma un renacimiento por siglo, la atribuye primero un período de „subversión ascendente” cuya primera fase dura cinco mil años, la segunda treinta y seis mil, después viene un período de apogeo de nueve mil años, y, por último, un período de „subversión descendente” cuya primera fase es de veintisiete mil años, y la última de cuatro mil; total ochenta y un mil años. Esta forma de imaginación nos es ya conocida.

La parte principal de su psicología, la teoría de las pasiones, discutible en muchos de sus puntos, es relativamente razonable; pero en la reconstrucción de la sociedad humana, la dualidad de su imaginación, potente y minuciosa, reaparece de nuevo. Conocida es su metódica organización: el grupo le forman de 7 á 9 personas; la serie comprende 24 á 32 grupos, y la falange, que encierra 18 grupos compone el falansterio; la ciudad, centro general de las falanges, la provincia, la capital del imperio, la metrópoli universal... Es la pasión por clasificar y reglamentar, según la frase de Faguet: „su falansterio es libre como un reloj de pared”.

Este tipo extraño de imaginación merecería un

examen más extenso por su mezcla de exactitud aparente en la utopía y de extravagancia natural é inconsciente, pues bajo esa multiplicidad de invenciones de menudos y precisos detalles, el fondo no es más que una pura construcción especulativa del espíritu; hay que añadir á esto un increíble abuso de la *analogía*, principal instrumento de la invención, y de todo lo cual únicamente la lectura de sus obras puede dar una idea (1).

Enrique Heine decía de Michelet: "tiene la imaginación de los primitivos indos"; la frase estaría mejor aplicada á Fourier, en quien coexisten la profusión sin freno de las imágenes y el gusto de las acumulaciones numéricas. Se ha tratado de explicar este lujo de cifras y de cálculos por una costumbre profesional, pues fué, durante mucho tiempo, tenedor de libros ó cajero, y siempre un notable y excelente hombre de cuentas; pero esto es tomar el efecto por la causa; ese dualismo estaba en la naturaleza misma de su espíritu y lo aprovecha para su profesión. En el estudio acerca de la imaginación numérica he mostrado con cuánta frecuencia se halla entre los orientales, cuyo desarrollo imaginativo es evidente, y entonces vimos por qué la imaginación idealista se acomoda tan bien á la serie indefinida de los números y se sirve de ella como de un vehículo.

(1) Recomendamos al lector el «Epílogo acerca de la Analogía» publicado en *Le Monde Industriel*, donde se verá que «El jilguero representa al niño de padres pobres, el faisán al marido celoso, el gallo es el emblema del hombre de mundo y la col del amor misterioso», etc.; hay muchas páginas escritas por este estilo con pretéridas razones en su apoyo.

II

Con los inventores y reformadores prácticos, el ideal decae, no porque le sacrifiquen á su interés personal, sino porque tienen la comprensión de lo posible. La construcción imaginativa debe ser rectificadada, reducida y mutilada para entrar en el cuadro estrecho de las condiciones de existencia, hasta que se adapte y determine á ellas; este procedimiento ha sido descrito muchas veces y es inútil insistir en él de nuevo; sin embargo, el ideal (dando á esta palabra el principio de unidad que suscita la creación y la sostiene en su desarrollo) sufre aquí una metamorfosis que debe de ser no sólo individual, sino *colectiva*: la creación no se realiza más que por una "comunidad de los espíritus", y por una cooperación de los sentimientos y de la voluntad de todos; la obra de una conciencia individual debe llegar á ser la obra de una conciencia social.

Esta forma de imaginación, que crea y organiza los grupos sociales, se manifiesta en grados diversos según la tendencia y poder de los creadores.

Hay fundadores de pequeñas sociedades religiosas: los esenios, las primeras comunidades cristianas, las órdenes monásticas de Oriente y Occidente, las grandes congregaciones católicas ó musulmanas, las sectas semi-láicas y semi-religiosas tales como los moravos, shakeres, mormones, etc.

Menos completa, porque no envuelve al individuo en todos los actos de su vida, es la creación de las asociaciones secretas, sindicatos profesionales, sociedades científicas, etc., etc. El fundador concibe

un ideal de vida completa ó restringida con un fin determinado á que se aplica, teniendo por materiales hombres agrupados por libre elección ó nombramiento.

Existe la invención que actúa sobre las grandes masas (la invención social y política propiamente dichas), por lo común impuesta, no propuesta, pero que, á pesar de su fuerza coercitiva, está sometida á exigencias más numerosas todavía que la invención mecánica, industrial ó comercial, teniendo que luchar contra las fuerzas de la naturaleza, y sobre todo, contra las fuerzas humanas: hábitos hereditarios, costumbres y tradiciones; á veces, ó por mejor decir, siempre, la es preciso transigir con las pasiones y las ideas dominantes, no estando, como lo están otras creaciones, justificada por el éxito.

Sin entrar en los detalles de ese determinismo inevitable (que nos impondría un trabajo inútil), se puede resumir el papel de la imaginación constructiva en los casos sociales diciendo que sufre una *regresión*, es decir, que su área de desenvolvimiento se restringe poco á poco; no que la invención genial, reducida á la pura construcción por imágenes, sufra un eclipse, sino que á su lado tiene que dejar una parte cada vez más larga á la experiencia, á los elementos racionales, al cálculo y á las inducciones y deducciones que permiten prever las necesidades prácticas.

Si se omite la invención espontánea, instintiva y semi-inconsciente de las primeras edades, que bastó á las sociedades primitivas, y nos atenemos á las creaciones reflexivas y de grandes pretensiones, se pueden distinguir en globo tres periodos sucesivos:

1.º Una fase idealista muy larga (antigüedad,

Renacimiento), en la que triunfa la imaginación pura y el juego de la libre fantasía que se consume en novelas sociales. Entre la creación del espíritu y la vida de las sociedades modernas, no hay relación alguna, son dos mundos aparte, extraño el uno al otro; los verdaderos utopistas no se preocupan apenas de la aplicación; Platón y Tomás Moro, ¿habrían querido realizar sus sueños?

2.º Una fase intermedia en la que se trata de pasar del ideal á la práctica, de la especulación pura al contacto con los hechos sociales. Ya en el siglo XVIII algunos filósofos redactaron varias constituciones inspiradas en los deseos de los postergados (Locke y J. I. Rousseau). Durante este periodo, en el cual la obra de la imaginación en vez de expresarse sencillamente en los libros tiende á objetivarse en los actos, se cuentan muchos fracasos y existen algunos éxitos parciales; recordemos los infructuosos ensayos de los "falansterios" en Francia, Argelia, Brasil y los Estados Unidos. Robert Owen fué más feliz, pues en cuatro años reformó á New-Larnak según su ideal y, con varia fortuna, fundó colonias poco durables. El Saint-Simonismo no se ha ido á pique por completo; la organización primitiva, conforme á su ideal, ha desaparecido rápidamente, pero algunas de sus teorías se han infiltrado é incorporado á otras nuevas.

3.º Una fase en la que la creación imaginativa se subordina á la práctica; la concepción social deja de ser puramente idealista ó construída *a priori* por deducción de un principio único y transige con las condiciones de su medio, adaptándose á las necesidades de su desarrollo; es el tránsito del estado de autonomía absoluta de la imaginación á un periodo en el cual sufre las leyes de un imperativo racional;

en otros términos, el paso de la forma estética á la forma científica; el socialismo es el mejor ejemplo, por ser el más conocido de todos; que se comparen sus utopias antiguas (hacia la mitad del siglo XIX próximamente) con las formas contemporáneas, y se apreciará sin esfuerzo la cantidad de elementos imaginativos perdidos en beneficio de otra cantidad, por lo menos equivalente, de elementos racionales y cálculos positivos.

CONCLUSION